

82  
 ...

83  
 ...

**CARTA PRIMERA.**

Excmo. é Ilmo. señor obispo de Tarazona.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Audacia es en verdad dirigirse á un señor obispo tan ilustrado como V. E. sobre una materia tan ardua como la libertad de la Iglesia. Pero deseoso de tratar este grave asunto, creo que su nombre me servirá de escudo contra los escrúpulos del señor ministro de la Gobernación, y de su teniente el señor fiscal de imprenta. Hablemos de problemas sociales gravísimos; y esta será la mejor manera de levantar la prensa del cieno de los insultos al cielo de las ideas. Además, la ocasion me parece oportuna. V. E., con motivo de la publicación del *Almanaque democrático*, blanco de tantas iras, ha pedido reiteradamente al poder civil, al Estado, su brazo para defender la idea religiosa, que cree vulnerada. No será desacato en mí hablarle; no será en V. E. humillacion oirme. Manifiesto ante todo mi-respeto á un obispo, á un anciano. Lo único que en cambio le pido, es que reconozca mi buena fé. Podré no haber encontrado la verdad; pero la he buscado con ánimo recto y pedido á Dios su auxilio. Podré engañarme, que no lo creo, pero me engaño en conciencia. No voy á tratar ninguna cuestion dogmática, voy á tratar de una cuestion libre; de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. ¿Seremos en esta cuestion mas papistas que el Papa? ¿No toleraremos que se repita ni siquiera lo que se ha dicho en el Congreso

de Malinas á favor de la libertad de la Iglesia? Allí, en presencia de ilustres obispos, rodeado de doctores católicos, con aplauso universal, ha podido repetir el conde de Montalembert, las palabras de un Papa nunca sospechoso á los jesuitas y á los neo-católicos, como lo fué un día Pío IX, las palabras de Gregorio XIV que decía: "Solamente lo puedo todo en el país en que nada puedo, en los Estados- Unidos." Organicemos de aquella suerte las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y el Estado será libre y libre la Iglesia, y no se verá un obispo en la dura necesidad de dirigirse á un ministro de la Gobernacion, pidiéndole que prohiba una obra, ni un ministro de la Gobernacion en la dura necesidad de desairar á un obispo. El uno regirá con sus medios á los ciudadanos, el otro á los fieles; y uno y otro vivirán independientes, sin mezclarse el Estado en el ministerio de la Iglesia, puramente espiritual, ni la Iglesia en el ministerio del Estado, que debe limitarse á darle condiciones de derecho.

Yo bien sé que V. E. sentirá una especie de frio mortal, viendo que soy osado á proponerle una solución democrática. En Dios y en mi alma le digo que no hay para qué asustarse. La democracia no es una religion, es una política. Hay en Suiza cantones católicos, hay millones de católicos en los Estados- Unidos. V. E. puede espantarse de la democracia porque no la conoce. Y no la conoce por culpa de esa prensa neo-católica que de todo tiene ménos de espíritu religioso, y que desfigura la verdad. Recházela V. E. No es religiosa la calumnia; no es religiosa la mala fé; no es religioso ese encono contra las nuevas ideas; no es religioso ese odio á nuestros enemigos, cuando Cristo nos dijo: "amar á los que nos aman lo hacen tambien los paganos; amad á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian; sed perfectos como nuestro padre que está en los cielos." La prensa neo católica es el mayor enemigo que la religion tiene en nuestra patria. Yo de mí sé decir, que si alguna vez hubiera sido capaz de caer en el ateísmo, cayera al ver la religion convertida por esa prensa sacrilega en una argolla y Diosen un verdugo. Yo de mí sé decir que como ciudadano, cumplo con un deber y uso de un derecho, doliéndome á V. E., porque cuando cita, cita esos periódicos; y cuando habla, habla por su boca; y cuando se levanta contra profesores de la ciencia, se levanta arrojándoles á la cara sus textos truncados, y cubre con su manto, de buena fé sin duda, una conjuracion perpetua contra nuestras leyes, contra las instituciones que triunfaron en la guerra civil, contra el espíritu y la vida de nuestro siglo.

Yo bien sé que V. E., se va con los neo-católicos porque tiene preocupaciones invencibles contra las nuevas ideas. Hay dos argumentos que se usan con uniformidad fatal. Contra la filosofia moderna, Voltaire; contra la política moderna, las matanzas de la revolucion. Pero V. E., alzando un poco la vista, comprenderá que la burla de Voltaire, como las matanzas de la revolucion, son dos accidentes en la historia de la idea liberal. Una nueva sociedad surgía del seno del siglo décimo octavo, y surgía porque Dios no toleraba que el mundo fuese la corte ó la manebía de reyes como Luis XV, de reinas como María Luisa. Y siempre que una nueva sociedad nace ¡ay! nace en oposicion radical á la antigua. El espíritu griego nació del Oriente, y se extendió negando al Oriente. Las ruinas de Troya son esa inmensa negacion histórica. El cristiano se opuso á la sinagoga; nació maldonado por los sacerdotes de la antigüedad, por los fariseos. La Iglesia rompió el seno de su madre, como el ave para volar rompe el huevo que la contiene. El Renacimiento nació de la Edad Media, y llamó bárbara á la edad Media, y Miguel Angel, y Rafael, y el mismo Papa Leon X, y Bembo, y Sadoletto, no vieron en el arte gótico mas que el padron de la barbarie de las artes, mientras se estasiaba delante las estatuas de los dioses, en que los primeros padres de la Iglesia solo habian visto la histérica risa del diablo. Pues bien, Señor, lo mismo sucedió, exactamente lo mismo, á la idea liberal moderna. Un hombre, que como escritor no valia lo que valia Rousseau, ni como filósofo valia lo que Descartes, ni como poeta lo que valia Racine; pero que los superaba á todos por su intencion política y su espíritu crítico, pretendió destruir la forma social, y la destruyó con aquella carcajada, especie de terremoto que desgajó los cimientos de las antiguas monarquías destrozadas sobre su sepulcro.

Pero genios de este linaje son raros, y solo aparecen cuando tienen el destino de destruir una sociedad, para que abra paso á otra mas progresiva. Las carcajadas de estos hombres son como el ruido de la tempestad que viene á purificar la atmósfera moral. Sus gracias son ciegas como el rayo, que ora cae sobre la encina, abrigo de las aves del cielo, ora sobre la cúpula de las iglesias. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir una forma social, se ha levantado uno de esos hombres: Aristófanes al concluirse Gresia; Luciano al concluirse Roma; Boccaccio al concluirse la primer mitad, la mitad teocrática de los siglos medios; Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres. Su ministerio fué

mas político que religioso. Necesitaba negar una sociedad y lo negó todo, religion y política; pero ni sus negaciones ni sus dudas llegaron á matar el sentimiento de lo infinito, eterna raíz de la idea religiosa.

Lo que mas ha dañado al espíritu religioso es, indudablemente, la escuela neo-católica. Esa escuela no trató de restaurar lo que hay de inmortal en religion, no: trató de restaurar al calor de la idea religiosa lo que hay de transitorio en política; trató de restaurar el castillo feudal, el siervo pegado al terruño, el privilegio devorado por la igualdad, los códigos monstruosos de Edad Media, el poder político de los papas, roto por cuatro siglos de revoluciones; los cadáveres todos que restos de una sociedad náufraga, iban fluctuando en el tempestuoso mar de nuestras revoluciones, y que parecían grandes porque estaban hinchados. Y no sé en virtud de qué maleficios trastornó esa escuela el espíritu evangélico. Ella desfiguró la historia y la persona de Cristo. Tan cierto es lo que digo, tan cierto, que si el Salvador hubiera venido de nuevo á exaltar á los oprimidos, á maldecir á los opresores, los fariseos que hoy invocan hipócritamente su nombre, por socialista, por demócrata, lo crucificaran de nuevo en aquel calvario, que socialmente considerado, es la redención del esclavo. Esta escuela llegó á la negación del progreso en historia, á la negación de la conciencia en moral, á la negación del derecho en política, á la negación del arte clásico en estética, y consagró todas estas negaciones como una grande ecatombe en los altares del cristianismo. Despues hemos visto aun los mayores escándalos; hemos visto estas ideas bajar de la ciencia á la política, entrar con estrépito en las redacciones de los periódicos, tremolar banderas en los colegios electorales, que rer convertir la Iglesia en una enorme barricada contra la libertad, perseguir la enseñanza, formar con los restos de los realistas dispersos y de los doctrinarios arrepentidos, especies de diablos metidos á predicadores, que artos de carne predicaban el ayuno, formar con estos recíduos un partido nuevo, que parece conjurado para herir la libertad y que en realidad hiere la religion.

Sus predicaciones tienden á destruir la base de toda moral, de toda ciencia. Predicando contra la razon humana, han predicado el acepticismo en filosofia, el probabilismo, cuando mas ese acepticismo disfrazado. "La razon y lo absurdo, se aman con amor invencible." ¡ Tremenda palabra que lleva encerrada en su seno el germen de todos los errores! Condenar la razon á perpetuo matrimonio con lo absurdo, equivale á suprimirla. Y desde el momento en que se suprime la ra-

zon, el universo se oscurece, la fé se nubla, la idea de Dios se apaga en un mar de tinieblas, y todas las pasiones se apoderan del hombre, convertido en un sér inferior á las béstias, porque por sus instintos ciegos ménos vale que las béstias. ¿No hay razon? Pues no hay verdad humana. ¿No hay verdad? Pues no hay conocimiento posible del bien y del mal. Pues ignoro si el asesinato, si el robo son ó no meritorios. Mi razon me dice que son reprobables; mi conciencia me grita contra ellos. Pero ¿qué importa? Entre mi razon y lo absurdo ha puesto Dios un parentesco estrechísimo. Dadas estas ideas no hay mas remedio que indignarse contra Dios. Podríamos decirle si las ideas neo-católicas fueran ciertas: "Dios engañador, me exiges la responsabilidad de mis acciones, me condenas si hierro, me castigas si pecco, y luego me arrojas al mundo sin criterio para distinguir la verdad del error, el bien del mal. "Este Dios de los neo-católicos se parece á Calígula, que escribía las leyes, las promulgaba, y las ponía muy altas, donde no pudieran los ciudadanos leerlas, á fin de que desconociéndolas, las infringieran, é infringiéndolas, atrajesen sobre su frente el castigo, y el mal en que se gozaba aquel estúpido tirano. Y no me habéis de religion. ¿Cómo podré yo prestar el *rationale obsequium* de que habla San Pablo, si mi razon es engañosa? Si mi razon me engaña en lo material, en lo contingente; si no puedo andar con ella por el mundo de las relaciones, ¿cómo podré volar por el cielo de las eternas armonías? Y no hay que decir que el sentimiento es superior á la razon, el sentimiento sin la razon es un cielo sin luz. En el fondo de esa doctrina neo-católica, Señor, está la inmoralidad para la vida, la duda para la ciencia, el ateísmo para las almas.

Solo así me explico yo la inmensa impotencia unida al inmenso poder de los neo-católicos. Ellos en general, volterianos arrepentidos, han logrado seducir las almas sencillas y crédulas. Ellos han dado á la juventud un opio muy bueno para no estudiar, el de decirle que toda la filosofia es mentira, apotegma que cuadra admirablemente á la indolencia española. Ellos se han llevado tras de sí una gran parte del clero. Ellos tienen hoy en la prensa mas órganos que los demas partidos, en la tribuna mas oradores, en el poder mas ministros. Aquí todo cambia, y ellos quedan siempre como una sombra maldita. Dicen que se quemen libros, y se queman; que se desentierren cadáveres, y se desentierran; que se levante un presidio en la zona tórrida para sus enemigos políticos, y se levanta; que se desconfe de la enseñanza universitaria, y se desconfia; que vengan ciertos gobiernos, y vienen; que

no vengan nunca otros, y nunca vienen; y sin embargo nada puede contra esta marea creciente del espíritu humano, que los envuelve y los ahoga, como el mar envolvía al gran tirano de la leyenda hasta arrancarle la corona de la cabeza. ¿Sabeis por qué, excelentísimo señor? Porque se oponen á la libertad, por que navegan en galeras de la Edad Media por un mar encrespado, y navegan contra el viento, contra el espíritu del siglo. He debido comenzar diciendo lo que pienso de ellos, porque de seguro mañana empezarán á calumniarme y á infamarme. No me importa. Solo os ruego que me oigais, y creo que voy á convencerlos de que la iglesia necesita, como todo, libertad, y que solo por la libertad podrá existir el espíritu religioso, completamente perdido, ó perturbado en nuestra patria.

había de ser... el mundo... la verdad... la leyenda... la corona... el espíritu... el siglo... mañana... calumniarme... infamarme... me oigais... voy á convencerlos... la iglesia... libertad... el espíritu religioso... completamente perdido... perturbado en nuestra patria.

### CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Como anuncié á V. E. en mi primera carta, la prensa neo-católica me ha llenado de injurias, por que he espuesto con toda suerte de respetos á vuestra alta consideracion, ideas mas religiosas que sus insultos. Han creido que yo buscaba una polémica con V. E., para tratar un pavoroso problema. Si en algo por esto he faltado á V. E., cuando busco solo el amparo de su nombre, que no me faltará, ha sido contra mi voluntad: Perdonemelo de grado, porque el ministerio religioso por V. E. ejercido es tan alto, tan superior á las pasiones y las debili dades humanas, que hasta el mal que recibido de otro en pena de un atrevimiento podria ser justo castigo, recibido de V. E. podria parecer venganza. Esos periódicos no tiran á desacreditar mis ideas; tiran á desacreditar mi persona. No trato de defenderla. Mi persona se borra completamente en el esplendor de la libertad, como se borra la tímida luz de la luciérnaga en el esplendor del dia. Aunque yo fuera el último y el peor de los hombres; aunque perteneciese á la raza de los que comercian insultando ya á los sacerdotes, ya á los filósofos; aunque me creyera capaz de todos los crímenes; V. E. en su calidad evangélica, en su celo religioso, no podria desoirme; pues Cristo, nuestro eterno modelo, no buscó justos sino pecadores; no llenó su apostolado con los afortunados del mundo, sino con los débiles, con los enfermos, con miserables encontrados en las encrucijadas, á las orillas de los lagos, lejos "de aquellos palacios amasados con el sudor, del pobre, cada una de cuyas piedras es un pecado" Estos periódicos

neo-católicos... la prensa neo-católica... injurias... respetos... alta consideracion... ideas mas religiosas... sus insultos... buscaba una polémica... V. E. para tratar un pavoroso problema... amparo de su nombre... Perdonemelo de grado... ministerio religioso... superior á las pasiones... debili dades humanas... mal que recibido de otro... atrevimiento... justo castigo... periódico... tiran á desacreditar mis ideas... mi persona... No trato de defenderla... libertad... esplendor del dia... luciérnaga... perteneciese á la raza... sacerdotes... filósofos... crímenes... Cristo... modelo... apostolado... débiles... enfermos... miserables encontrados... encrucijadas... orillas de los lagos... palacios amasados... sudor... piedras es un pecado... periódicos

neo-católicos, ignorantes de toda religion, hacen del obispo un déspota del Oriente. Confundirlos, Señor, con el evangelio en la mano. Aunque os sentarais á la mesa en que estoy escribiendo, no desenderiais de vuestro ministerio y de vuestra dignidad. Jesus comia con aquellos hombres que la Sinagoga estimaba herejes. "Mirad con qué jente come" decian los fariseos. Y Jesus respondia: "No son los santos los que han necesidad de médico." "El pastor que ha perdido una oveja entre ciento, se deja las noventa y nueve para correr tras de la perdida, y cuando la ha encontrado, la devuelve al redil sobre sus espaldas." Pues qué, Excmo. Señor, ¿solo oireis á los que os adulan? ¿solo atendereis á los que os provocan á una guerra política? ¿solo tendrán derecho á dirigirse á V. E. los que os importunan con cartas, tratando de cuestiones políticas y mundanas; no los que, si para algo os importunan, es para hablaros de la religion y de la Iglesia, y para pedir los consuelos necesarios al corazon? Esos periódicos no os comprenden, esos periódicos en todo tiempo os desirven. Confúndalos V. E. con el evangelio.

Yo, Señor, creo profundamente con toda mi conciencia, con todo mi corazon, con toda mi alma, en la necesidad de la religion. Las aspiraciones á lo infinito me parecen universales y estendidas como corriente magnética por todos los seres; en los rumores mismos de la naturaleza, creo oír una plegaria religiosa. Todo aspira á subir en la escala de la creacion. El agua envia al cielo sus vapores, la flor sus aromas, el mineral su electricidad, la estrella su luz, el ave su cántico; todos los seres tienen alas, y todos miran á lo infinito como el polo inmóvil de la móvil vida. Pero hay un sér en el cual los rayos rotos de la vida convergen como en su foco; un sér que siente y piensa; un sér en quien la naturaleza se anima; un sér que eleva con plena conciencia todas las oraciones inconscientes del Universo hasta Dios. Este sér es el espíritu. Y el espíritu, así como para realizar la verdad necesita la ciencia, y para realizar el bien la moral, y para realizar la hermosura el arte, y para realizar su vida social el derecho; para santificar todos los fines de la vida necesita la religion. Y esta idea se halla en completa conformidad con la filosofia moderna. No conozco uno de esos filósofos tan abominados, que no ensalce la idea religiosa. "La religion, ha dicho Kant, es el reconocimiento de nuestros deberes en virtud de los mandamientos de Dios." "Por la moral y la religion, ha dicho Fichte, nos elevamos á un mundo superior, la primera nos eleva por la accion, la segunda por la fé." "La religion es,

segun Lessing, la educacion permanente del género humano." Elevándose á lo infinito, añade Schelling, el alma se sustrae á las leyes fatales de la materia. "Hablando de la religion, dice Hegel: "Es la religion donde todos los enigmas de la vida, y todas las contradicciones de la idea hallan su solucion; en que se aplacan todos los dolores del sentimiento; la religion, la eterna verdad, la paz eterna." "Por la religion ha dicho Scheleimaker, apoyándose en San Pablo, nuestro sér es un Dios; y nuestra vida vive en Dios." "La religion nos llevó, segun Solger, por amor de todo lo que es eterno, á sacrificar todo lo que es transitorio." "La religion declara Baader en sus aforismos, es tan necesaria al hombre, porque es congénita á su naturaleza. La relacion del hombre con Dios, dice Krausse, es semejanza á Dios, conocimiento de Dios, union con Dios, manifestándole en la inteligencia, en el sentimiento, en la voluntad en la vida toda." Pero á qué cansarme citando autores de V. E. conocidos? Yo de mí sé decir, que se apagaría el Universo y el espíritu á mis ojos, si la idea de Dios se apagara en mi conciencia.

Sobre todo, el dolor y la muerte me han hablado siempre de religion. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creído suprimir la muerte. ¡Grave error! En el limite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor que es compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate; ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del origen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el dia en que se acabara el desasosiego de nuestro sér, porque con ese desasosiego se acabaria tambien lo mas noble, lo mas sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. El hombre seria un eterno bufon, si no supiese que al ménos ha de haber un acto solemne, trágico, sublime en su existencia: la muerte. La tememos porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y de la algazara del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte aniquila: es un nacimiento á otra vida y parece una descomposicion, porque nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin sacar la flor, ni una nueva forma sin borrar las formas antiguas, en el crecimiento y progreso de todos los seres. Si no hubiera muerte no habria renovacion; seria la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Miétras nosotros lloramos un

muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada no puede perderse, en ese muerto ven otros seres un recién nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religión. El raciocinio se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fé. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiríamos el mundo en vicioso haren y el hombre en eterno sultán; pero en un sultán reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno de esos desiertos en que no cae una gota de agua: solo enjendra serpientes. Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra de artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fé, pero tam poco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesía, ni belleza moral en el mundo: que todo lo grande nace del dolor, y crece al riesgo de las lágrimas.

¿Veis, Exmo. Sr., cuánto me calumnian los que me creen conjurado para perder toda idea religiosa en la conciencia de la juventud? Es todo lo contrario; nadie como yo se lamenta de la decadencia moral á que hemos venido. Se ha comerciado tanto con la idea religiosa, que muchos creen que cuantos hablamos de religión somos unos farsantes titiriteros que embaucamos á las gentes para arrancarles la bolsa. Se ha querido hacer de la religión un instrumento al de tiranía, que muchos hombres de ánimo levantado y corazón entero han llegado á creer que en el templo de la religión solo se admiten esclavos. Al mismo tiempo han endurecido ciertas gentes el corazón y las entrañas de muchos seres piadosos, obligándoles á ver en los que aman la libertad otros tantos conjurados del infierno ministros de Satanás. Así ha decaído la caridad, el amor, la fraternidad, ese generoso sentimiento que proviene de la unidad de origen y de la unidad de destino en todos los hombres. Los dolores de nuestros hermanos, de aquellos en que la humanidad son como nosotros mismos, nos hallan indiferentes. Nada nos va en que el pobre no tenga pan, ni el esclavo libertad, ni el desgraciado amor; nada en que el ignorante se pierda, como las aves nocturnas en eternas sombras. El amor insensato á todos los placeres hace de la vida una orgía, del mundo un carnaval. Todo está enfermo en este período de mortal decadencia. El arte se ha convertido en una copia servil de la realidad; la moral en una palabra dúctil y acomodaticia; hasta el amor se ha transformado en un negocio. No digamos nada de la fé política. Ha muerto. ¿Dónde

están aquellos hombres que por causa de la libertad pisaban el caldoso y hasta bendecían la muerte ignominiosa, creyendo que iba á ser la vida de su idea y de su patria? ¿dónde está la generación que escribió en Cádiz el código de 1812, y que se enterró en los campos de Bailén y en los muros de Zaragoza y de Gerona para realizar aquella guerra de independencia, guerra de gigantes que no podemos comprender nosotros los enanos? Todos los hombres que creían, que esperaban, que amaban, ¡ay! han muerto y hollamos indiferentes sus cenizas. Por eso del mando de los militares, de los bárbaros generales que nos azotan la cara con su látigo, y trituran nuestras ideas con sus espuelas, caemos bajo el mando de estos sofistas, de esos acépticos, de estos doctrinarios sin fé y sin conciencia, que hace años vienen devorando nuestro espíritu con el cáncer de su corrupción. Ni siquiera somos bastante serviles para sufrir una dictadura, ni bastante fuertes para lanzarnos á la anarquía. Nos consumimos en lo miserable, en lo pequeño. ¡Felices los pueblos que, como Polonia, son esclavos; pero que al ménos saben pelear, saben morir y no se consumen tristemente en esa inmoralidad nuestra que es la muerte de la conciencia, el aniquilamiento del alma!

Y es necesario, Exmo. Sr., que pongamos el dedo en la llaga, que hablemos de nuestro mísero estado religioso. Si en algo peco de irreverencia, os ruego que me perdoneis la falta en gracia del buen deseo. No ocultemos el mal. No séamos como esos débiles que no se atreven á curar una llaga por no sufrir algunas náuseas. Lo que pudo decir Sancho el Bravo en el Siglo XVIII; el arcipreste de Hita en el siglo XIV; Pedro mártir en el siglo XV; Hurtado de Mendoza en el siglo XVI; Feijóo en el Siglo XVIII, bien podemos decirlo también nosotros en este nuestro siglo de libertad. Nuestro estado religioso es muy triste. Muchos defensores de la libertad se han separado de la religión porque la creen signo de esclavitud. Yo estoy seguro que algunos de buena fé, llenos de honradez y de lealtad, desconfían muchas veces de mí, aunque me quieren. Porque me oyen hablar demasiado de Dios. Los filósofos se han ido separando también de la religión, si no de toda religión, de la oficial, porque dicen que oprime el alma. Los economistas, oídos, la condenan, la desconfían, al ménos porque juzgan sus ideas sobre la tasa y la usura contrarias al movimiento económico de nuestro siglo. Los gobiernos toman la religión, no como una idea pura, no como una creencia santísima, sino como un medio de gobierno; la ponen á la altura del alcalde que conserva